

CAPÍTULO XV.

Últimos ecos.

Varios fúnebres carruajes rechinan y ruedan lentamente por las calles; seis carretas mortuorias conducen al cadalso su contingente diario. Todos los monstruos sedientos de sangre que ha podido inventar la imaginación del hombre, se hallan fundidos en uno solo, representado por la guillotina. Pero no hay en Francia, á pesar de su fecundidad y de sus variadas riquezas, un fruto, una hoja, una semilla ó un tallo de yerba que se desarrolle y madure en virtud de leyes más positivas que las imperiosas condiciones que producen aquel horror. Volved á forjar la humanidad con semejantes martillos, y vereis como al torcerse bajo el peso de vuestros golpes, produce nuevamente los mismos monstruos. Sembrad otra vez los ruines privilegios y la tiránica opresión, y estad persuadidos de que recogeréis los mismos frutos.

Seis carretas conducen á la guillotina su contingente diario. Siglos pasados, mostradas bajo la forma que en otro tiempo, tenían y entonces aparecerán, en lugar del fúnebre cortejo, las carrozas de los monarcas absolutos, los trenes de los nobles feudales, los tocados de las resplandecientes Ysabeles; y las iglesias, que en vez de ser la casa del Divino Maestro, son unas cavernas de ladrones; entonces aparecerán las casuchas en que se mueren de hambre millones de pobres infelices. Pero el tiempo, que obedece las inmutables leyes del Creador, no vuelve á ocuparse de las trasformaciones que ha llevado á cabo. Si has sido cambiado de ese modo por un mago cuyo

poderes pasajero, dicen los ridentes de los cuentos árabes, recupera tu primitiva forma; pero si la has perdido por la voluntad de Dios, continúa siendo lo que eres.»

Y las carretas, cargadas de víctimas, se dirigen al punto de su destino sin ninguna esperanza de volver á ser lo que fueron en otro tiempo. Sus siniestras ruedas cruzan por entre el populacho, dejando en pos de ellas un surco tortuoso; un aluvion de rostros humanos, diseminados á derecha y á izquierda, se forma á uno y otro lado de la profunda raya, y el arado sigue con toda firmeza la senda que le ha sido designada. Los vecinos de las calles del tránsito tienen tal costumbre de ver este espectáculo, que hay muy poca gente en las ventanas, y los habitantes de algunas casas no han suspendido siquiera su trabajo, aún cuando examinan los rostros de los individuos instalados en las carretas. En alguna que otra vivienda hay varios curiosos á quienes los dueños de la casa, peritos ya en la materia, designan con la amabilidad del director de un espectáculo, cada una de las carretas y parecen decirles quiénes la ocupaban ayer y quiénes han de ocuparla mañana.

Entre los desdichados conducidos en las carretas, hay algunos que miran indiferentemente todo cuanto les rodea; otros parecen fijarse en el espectáculo que se ofrece ante su vista; otros bajan la cabeza con sombría desesperación, en tanto que otros de sus compañeros, sin saber qué cara poner, dirigen á la multitud unas miradas copiadas, sin duda, de sus recuerdos del teatro ó de los cuadros de asuntos históricos. La mayor parte cierran los ojos y procuran aparentar la mayor calma. Únicamente uno se halla conmovido de tal modo ante la perspectiva del suplicio que, perdida la razón, canta como un desahorado y hasta trata de bailar; pero ninguno implora con miradas ni con gestos la compasión del pueblo.

Varios ginetes preceden el fúnebre convoy y son in-

terrogados incesantemente por los curiosos. La pregunta que se les dirige parece ser siempre la misma, porque á cada una de sus respuestas acude la multitud al encuentro de la tercera carreta que les indican con la punta de los sables. Pregúntanse todos quién es aquel individuo; la curiosidad llega á ser general, y todas las miradas se fijan en un hombre que, con la cabeza inclinada sobre el pecho, habla con una modesta jóven cuyas manos estrecha entre las suyas. La multitud que le rodea no despierta su curiosidad ni aumenta en modo alguno su espanto. Al pasar por la calle de Saint-Honoré, oyense varios improperios dirigidos contra él; pero escucha aquellas injurias sonriéndose y baja un poco más la cabeza para ocultar su rostro.

En los peldaños de una iglesia hay un espía que aguarda impacientemente la llegada de las carretas; examina con toda atencion la primera: no está allí; mira la segunda: tampoco. «¿Si me habrá comprometido?» dijo para sí Barsad; pero al divisar la tercera carreta su rostro resplandeció de alegría.

—¿Quién es Evremont? le pregunta un hombre situado detrás de él.

— El último de la carreta; ¿le ves bien?

—¿El que tiene cogida la mano de aquella jóven?

—Ese mismo.

—¡Muera Evremont! grita el hombre con toda la fuerza de sus pulmones. ¡A la guillotina los aristócratas! ¡Muera Evremont!

—¡Silencio! exclama tímidamente Barsad.

—¿Y por qué he de callarme, ciudadano?

—Ya va á expiar sus culpas; dentro de cinco minutos habrá ya pagado todo lo que debe; por consiguiente es inútil el que vengamos á atormentarle.

Pero el patriota continúa gritando con mayores bríos: ¡Muera Evremont! ¡Mueran los aristócratas!

El insultado levanta la cabeza, vé al espía, le mira fijamente y continúa su camino.

Son cerca de las tres de la tarde; las carretas tuercen su direccion y labran su surco en la plaza en que se halla instalada la guillotina; la multitud se estrecha en pòs de ellas, porque cada uno de los que la componen se dirige hácia el lugar del suplicio. En primera fila, y sobre unas sillas colocadas como para una fiesta pública, hay varias mujeres sentadas que continúan con la mayor actividad su trabajo de calceta. La Venganza, de pié sobre su asiento, dirige la vista por todas partes en busca de su amiga.

—¡Teresa! grita con su terrible y estridente voz; ¿quién ha visto á Teresa Defarge?...

—Tadavía no ha caído en falta, exclama una de las calceteras.

—Ni caerá en falta hoy, repuso la Venganza. ¡Teresa!...

—Grita más fuerte, le aconseja una de sus vecinas.

—¡Lámala más fuerte, más fuerte!

La Venganza mezcla sus gritos con las más espantosas interjecciones; pero Teresa no llega. Envíanse varias mujeres en su busca: se habrá detenido en algun sitio; que la busquen; que la digan que venga.

Por muy intrépidas que sean las emisarias enviadas en su busca, es poco probable que corran lo bastante para poder darle alcance.

—¡Por vida de sanes! exclama la Venganza pateando encima de su silla. ¡Las carretas están ya ahí! Van á despacharlo en ménos que se dice, y ella no va á poder verlo. ¡Y yo que tengo su calceta y he estado guardándole su asiento... vamos, es para llorar de desesperacion!

En tanto que la Venganza echa pié á tierra y se sienta lloriqueando, las carretas comienzan á ir arrojando su contenido. Los ministros de la Santa Guillotina van de uniforme y se hallan dispuestos á ejercer sus funciones. Oyese un golpe seco: presentan la cabeza á la multitud.

¡Una! dicen las calceteras, que apenas la habían mirado cuando estaba viva.

La segunda carreta ha depositado su carga, y se aleja; acércase la tercera. Nuevo ruido. ¡Dos! cuentan las calceteras, cuyos dedos continúan tranquilamente su tarea.

El supuesto Evremont, que no ha abandonado la mano de la jóven, coloca á la pobre niña de modo que no pueda ver funcionar la horrible máquina.

Aquella infeliz criatura tiene los ojos fijos en los suyos, y su mirada revela la más expresiva gratitud.

—A no ser por vos, caballero, dijo la pobre jóven, no me hubiera sido posible permanecer tan tranquila; yo soy sumamente medrosa; mi pobre corazón me abandona en cuanto abrigo el más insignificante temor, y yo no hubiera podido elevar mi alma hasta el que murió para que seamos consolados. El cielo os traído á mi lado, querido señor.

—Yo podría deciros otro tanto, querida hermana. Miradme; no volvais los ojos ni penseis en ninguna otra cosa.

—Así lo hago mientras mi mano estrecha la vuestra; cuando nos separemos, si van muy de prisa...

—Muy deprisa, querida mia; no tengais miedo.

Se hallaban en medio del grupo de víctimas, que iba disminuyendo rápidamente; pero hablaban como si hubiesen estado solos.

Con las miradas, las manos y los corazones unidos, aquellos dos hijos de la madre universal, cuyo punto de partida era tan diferente, volvian á unirse en la oscura senda para regresar juntos al seno de aquella fecunda y generosa madre.

—¿Me permitís que os haga una pregunta, querido amigo mio? Yo soy muy ignorante y hay una cosa que me tiene sumamente intranquila.

—¿Y qué es ello, hija mia?

—Tengo una prima que perdió, como yo, á sus padres siendo aún muy niña; yo la quiero con todo mi corazón, tiene quince años y se halla sirviendo en una granja de Turena. La miseria nos obligó á separarnos. Ella no sabe nada de mí, porque yo no he aprendido á escribir, y aún cuando hubiese aprendido ¿para qué había de llenarla de angustia? Pero desde que subimos á la carreta ando á vueltas con una idea que se me ha ocurrido: si la República impide que las pobres gentes continúen siendo tan desgraciadas, si logra que el hambre vaya siendo ménos terrible y que las desdichas todas disminuyan, mi prima podrá llegar á una edad avanzada.

—Querida hermana ¿qué inquietud puede causaros todo eso?

Los ojos de la jóven se llenaron de lágrimas que revelaban su conmovedora resignacion, y sus labios comenzaron á estremecerse.

—¿No creéis que deberá hacérseme largo el tiempo que me sea preciso aguardarla?

—Tranquilizáos, querida mia; allí donde hemos de ir no hay tiempo ni inquietudes.

—¡Qué bondadoso sois consolándome de ese modo! ¡Soy tan ignorante!... ¿Puedo ya abrazaros? ¿Ha llegado el momento?...

—Sí, pobre hermana mia.

Abrazáronse ambos y se bendijeron mutuamente.

Aquella pequeña y descarnada mano no tembló, y el apacible rostro de la desdichada jóven reveló tan sólo la angelical resignacion de una mártir. Murió inmediatamente antes que él. Murió: ¡veintidos! contaron las mujeres que hacían calceta.

«Yo soy la resurreccion y la vida, dijo el Señor; y el que vive en mí tiene segura la vida eterna.»

Una horrible gritería, un movimiento en todas las

miradas que se dirigen hácia el cadalso, una ondulacion de la multitud que vuelve á apiñarse y avanza nuevamente, y se aparta y se inclina: ¡veintifres! cuentan las calceteras.

Al llegar la noche declinase en la ciudad que su fisonomía habia sido la más tranquila de todas las que se habian contemplado en el mismo sitio; algunas personas añadían que la expresion de su rostro era sublime y profética.

Una mujer habia solicitado poco tiempo antes, al pié del cadalso, que la permitiesen escribir los pensamientos que la inspiraban. Si Cartone hubiera expresado los suyos y hubiera sido profeta, hé aquí cuáles hubiesen sido sus palabras:

«Yo veo á Barsad, á la Venganza, á Defarge, á los jueces y á los jurados, nuevos opresores que han sustituido á los antiguos, perecer en ese mismo cadalso antes de que sea arrancado de su sitio.

«Yo veo una magnífica ciudad; yo veo surgir de este abismo una nacion próspera y gloriosa; y gracias á sus luchas para conquistar la libertad, y gracias á sus triunfos y á sus derrotas, veo á esa nacion expiar gradualmente y borrar para siempre los crímenes de esta época sangrienta y los de los antiguos tiempos que engendraron estos horrores.

«Yo veo que los venerados séres por quienes voy á morir disfrutan en Inglaterra una vida tranquila, útil y dichosa. Yo veo que la mujer cuya felicidad adoro más que la existencia, tiene en los brazos un niño que lleva mi nombre. Yo veo que su padre, encorvado por los años, pero con el cuerpo y la inteligencia sana, continúa consagrándose al alivio de los que sufren. Yo veo que aquel

buen anciano, que los ama, vive diez años á su lado, les lega su fortuna, y abandona este mundo para ir en busca de su recompensa.

«Yo veo el santuario que me han erigido en su corazón y en el de sus descendientes. Yo la veo llorando en su vejez al llegar el aniversario de este día. Yo veo á ella y á su marido extinguirse juntos, despues de una larga carrera, y tengo la seguridad de que respetaban mi memoria tanto como se respetaban el uno al otro.

«Yo veo que el niño que lleva mi nombre crece y prospera en el camino de la vida en que yo me he perdido; yo le veo, noble de corazón y de inteligencia, vencer los obstáculos con un éxito tan brillante, que mi nombre queda purificado y llega á ser ilustre, gracias al brillo del suyo. Yo le veo á la cabeza de la magistratura de su país, respetado de todo el mundo, padre de un hijo que también se llama como yo y que tiene esos cabellos de oro y esa expresiva frente cuya imágen no se aparta nunca de mis ojos. Yo le veo sentado al niño sobre sus rodillas y refiriéndole mi historia con tembloroso y conmovido acento.

«Lo que hago hoy es infinitamente mejor que todo lo que hubiera podido hacer en lo sucesivo, y voy por fin á disfrutar el reposo que nunca he conocido.»

FIN DE LA NOVELA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO